



Ruiz Ibáñez, José Javier y Vincent, Bernard (eds.), *Las formas de la hispanofilia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2021, 228 págs. ISBN: 9788413115405

Este libro que el lector tiene en sus manos, bien sea físicamente o como propósito de futura lectura, no trata de ser, en ningún caso, el reverso de un tema historiográficamente recurrente como el de la imagen negativa de España o, de forma más precisa, el de la animadversión que la hegemonía territorial y política de su monarquía provocó durante los siglos XVI y XVII. Tampoco pretende servir de correctivo a esa representación, casi tremendista, con que la reviste la hispanofobia más agresiva, cuyas carencias argumentales solo pasan desapercibidas a quienes se oponen a ella con argumentos igualmente desproporcionados o esencialistas. Su objetivo, mucho más circunscrito, es llamar la atención sobre el interés y la versatilidad de un tema no por poco estudiado menos importante, como el de las afinidades, así las califican los autores de esta obra, es decir, las simpatías, inclinaciones y apoyos que esa controvertida monarquía encontró en muchos de sus contemporáneos, despertando en ellos sentimientos de admiración, identificación y apoyo, fundamentados en una amplia gama de expectativas y dentro de un amplio marco geográfico que desborda Europa y sus bordes, extendiéndose por otros continentes, especialmente, por el americano. Ese es, a mi entender, el sentido de la hispanofilia que se analiza en los diez estudios que reúne este volumen, que no son ni contestación ni refutación, sino la toma en consideración de una pluralidad de motivos, no solo confesionales o ideológicos, sino estratégicos o de mera conveniencia, que llevaron a súbditos no naturales y de otras monarquías a buscar en ella apoyos para sus proyectos, defensa para sus principios o protección contra sus oponentes.

Se trata de un tema en el que lo político, la representación y la opinión se dan la mano, y en el que la posición de partida de los sujetos implicados, disidentes en conflictos religiosos o civiles, generaba una identificación que convertía en aliado natural al adversario del propio enemigo. Una afinidad, a veces indirecta, pero capaz, por otra parte, de generar actitudes en contra de un tercero y de desarrollar entre las partes implicadas sólidas redes de apoyos, familiares, económicas o cortesanas, facilitando protección y exilios no siempre incompatibles con las propias expectativas. Todo ello, bien fundado sobre una pluralidad de fuentes, para cuyo manejo se han tenido muy en cuenta los avances que en análisis de los discursos y de su recepción se han venido produciendo en los últimos años. Que la pasión nacional fue motor, en muchos casos, del sentido, pretendidamente justiciero, de no pocos de los detractores de la monarquía española, nadie lo pone en duda; como tampoco que ese mismo sentimiento inspiró las encendidas y dolidas réplicas españolas. Es más, la hegemonía, por sí misma, genera repulsa, tanto en nuestros días como en los siglos XVI y XVII, de la misma manera que el recurso al enemigo exterior, fue siempre una eficaz fórmula para conjugar los internos, especialmente en los momentos críticos, de lo

cual hay muchos ejemplos en los siglos modernos. Aspectos todos, cada vez más incorporados a los estudios que han ido apareciendo en los últimos años sobre estas cuestiones y que han favorecido, al menos a nivel científico, la desaparición de esa excepcionalidad, despreciativa o folclórica, que ha venido pesando sobre la historia española, menos diferente por más integrada en las coordenadas propias de su tiempo, de lo que todavía hoy se sigue pensando que fue. Es más, incluso, esa temprana y dilatada decadencia que ha dado tanto juego historiográficamente, es difícil de entender en un mundo donde solo contara con detractores. Ya que no solo tuvo enemigos, sino amigos exteriores, que desempeñaron un importante papel en su propio mantenimiento, al generar, por un lado, focos de tensión dentro de las potencias rivales y, por otro, servir de acicate para la firmeza de los compromisos. Una dinámica de complicidad y mutuo respaldo bien presente en este libro, que no solo se mueve en el ámbito de lo ideológico y propagandístico, sino que desciende al análisis de la praxis política, al concretar la presencia y los efectos de estos apoyos, en la diplomacia, el espionaje, los intercambios de todo tipo y las relaciones clientelares.

Precedida de un estudio introductorio a cargo de los dos editores de la obra, José Javier Ruiz Ibáñez y Bernard Vincent, en él se reflexiona sobre el debate historiográfico en torno a las fobias y las filias y sobre las razones del olvido y las razones de quienes apostaron por la monarquía española. Ambos historiadores cuentan con sobrada experiencia en el tema y no es esta la primera vez que colaboran en cuestiones cercanas, como muestran publicaciones recientes. A ellos corresponde el mérito de reunir un escogido plantel de especialistas que abordan la cuestión desde perspectivas distintas pero complementarias. Así lo hace José M. Floristán, que nos descubre la hispanofilia helénica en una doble vertiente de contactos diplomáticos y de diáspora por los territorios hispánicos, y cómo la compenetración ideológica, en el plano político, militar y social, con los presupuestos de los Austrias españoles genera una variada prestación de servicios en distintos campos que facilitan su adaptación a quienes deben exiliarse. En un ámbito muy distinto y en su doble vertiente, primero de resistencia y luego de amistad, no menos interesante es el comportamiento de los chiapanecas, que tras protagonizar una serie de rebeliones y ser sometidos, vislumbraron, como espectadores de los enfrentamientos entre los propios españoles, las ventajas de respetar las reglas y recurrir a las instancias jurídicas para defender sus derechos en el marco de la Monarquía. Estudiado este proceso en un tiempo largo, por Juan Pedro Viqueira, la paz lograda, a través de la alianza con la Corona, les hizo mantener su preeminencia en la región y desarrollar una próspera agricultura, base de su comercio, hasta que ya en el siglo XVIII, las plagas y la despoblación, convirtieron a los chapatecas en minoría en su propia región. Aun así, se mantuvieron leales hasta su integración en México en 1824. No fue el suyo el único caso de alianza entre una población originaria y los conquistadores. Tal y como ocurrió en la frontera de Chile, en la primera mitad del siglo XVII, donde el papel desempeñado por los “indios amigos”, objeto de las investigaciones de Hugo Contreras, presenta un modelo de colaboración distinto, en el que no solo medió un deslumbramiento o adoctrinamiento religioso, sino los propios intereses que fueron los que les llevaron a optar por una alianza que fue una decisión colectiva, que implicaba obligaciones mutuas y que fue entendida como beneficiosa para ambas partes.

Como muy atinadamente observa Fabrice Micallef, en su colaboración sobre los tratos entre los *ligueurs* provenzales y Felipe II, la cultura política de la protección y de la llamada a potencias extranjeras, no puede ser entendida unívocamente, sino

desde una perspectiva transversal y comparativa, ya que, incluso no siendo determinante, como ocurre en ese caso, resulta igualmente reveladora tanto de la circulación de las representaciones como de la atracción que ejercía el sistema encarnado por una monarquía pujante, que se consideraba respetuoso con las libertades locales. Es más, el hecho mismo de solicitar su apoyo debe considerarse como expresión de hispanofilia por tratarse de un reconocimiento tanto de la confianza que merecía su fuerza militar, como del ideal político-confesional que encarnaba. Muy distinta, desde luego, de la que manifiestan las bien estructuradas relaciones clientelares que se conforman entre la monarquía hispánica y el Sacro Imperio, estudiadas por Étienne Bourdeu, efectivas durante más de un siglo, que tampoco se agotan en meros intereses dinásticos. Una afinidad cooperativa que fundamenta un eje fundamental de la política europea, no exenta de tensiones, en la que no es casual que su momento de mayor auge coincida con la crisis de la autoridad imperial, en el primer cuarto del siglo XVII.

Especialmente interesante es la hispanofilia que se desarrolla en los centros principales en los que se gesta y expande la llamada leyenda negra, Inglaterra, Francia y los Países Bajos. Personificada en los dos primeros casos, en sus refugiados, disidentes religiosos o políticos, el socorro español que solicitaron, les supuso no solo ser considerados traidores, sino quedar, a veces, aislados de sus propias facciones, por llevar demasiado lejos sus compromisos. Tampoco en este caso, como señala Marco Penzi, pedir ayuda al rey católico fue solo algo confesional, ya que el poder hispánico atraía por sí mismo, dando así mayor fuerza a su eventual apoyo. Siendo muy diferente el resultado de los procesos a los que se opusieron, con un rey católico en Francia y un hijo de María Estuardo en Inglaterra, a ambos grupos, como perdedores, la hispanofilia les supuso ser víctimas de su propia leyenda negra. El caso de los Países Bajos también es distinto. Su integración en la monarquía de Felipe II, fruto de la herencia recibida, fue en sus inicios una unión casi entre socios, fundada en el compromiso del mantenimiento de su autonomía política y en los intensos contactos económicos y culturales entre ambas partes. Sin embargo, las exigencias cada vez más imperativas de pertenecer a ese entramado, quebró el consenso y el enfrentamiento confesional radicalizó las posiciones, con el resultado de la ruptura entre las provincias del norte y del sur y la formación de dos comunidades antagónicas. En este contexto, en los restaurados Países Bajos del Sur, el *Hispanorum Rex*, era la expresión del deseo de salvaguardar tanto su religión como su cuerpo político, apostando por un príncipe rey que era señor de sus territorios y soberano de una monarquía poderosa, no como mero título, sino como compromiso de defenderlo contra Francia, la agitación social, la herejía y una nobleza demasiado poderosa. De modo que, tal y como concluyen Yves Junot y José Javier Ruiz Ibáñez, esa afinidad hispánica era un medio de asegurar el consenso originario entre el poder real, las ciudades y las propias élites y una vía defensiva en un contexto de creciente conflictividad.

La hispanofilia romana no podía por menos que ser diferente por la misma significación del Estado pontificio, en el que no cabía intervenir con las armas en los conflictos protagonizados por las distintas facciones, tras las circunstancias que concurrieron en el famoso *saco de Roma*. Por el contrario, significó, hasta mediados del siglo XVII, un modelo de elaboración de categorías políticas, culturales y religiosas de gran peso, tal y como señalan Isabella Iannuzzi y Gaetano Sabatini, que sitúan en 1622 el punto álgido de este proceso de hispanización. Unas relaciones no exentas de tensiones, no solo jurisdiccionales, en las que las finanzas tuvieron un peso deter-

minante, como ha señalado Juan Carretero, que tuvieron como resultado una eficaz penetración española en el entramado romano, bien manifiesta en su habilidad para crear vínculos de fidelidad a su sistema político y para modelar el propio santoral.

¿Hubo también una hispanofilia femenina? Así lo cree Gabriela Vallejo Cervantes que estudia cómo, en un contexto de guerras de religión, las posturas que adoptaron las mujeres a favor del catolicismo las llevaron a posicionarse a favor de la monarquía hispánica y a asumir modelos de religiosidad femenina que provenían de los reinos ibéricos y que Luisa de Marillac y Mary Ward conocieron y trasladaron a sus propios proyectos. Igualmente, la participación de las mujeres en los conflictos civiles, aglutinando apoyos o defendiendo los derechos sucesorios de sus congéneres, como fue el caso de Isabel Clara Eugenia, se inserta perfectamente en la tradición de las afinidades nacidas tanto de la concordancia de idearios, como de la búsqueda de apoyos efectivos.

En fin, una amplia panorámica, que sin agotar el tema, nos muestra, a través de distintos ejemplos, como se gestó, desarrolló y cobró influencia la hispanofilia y en qué medida sus razones y actuaciones no solo deben incorporarse al pensamiento político sobre la monarquía española, sino considerarse historiográficamente como antídoto a simplificaciones y apriorismos.

María Victoria López Cordon Cortezo
Universidad Complutense de Madrid
mvlcordon@gmail.com